



La comunidad valora a **Don Florentín**

Paula María García Villegas Sánchez Cordero

Para niñas y niños de 4 a 8 años de edad





La comunidad valora a **Don Florentín**

Paula María García Villegas Sánchez Cordero

Para niñas y niños de 4 a 8 años de edad

Primera Visitaduría General

Publicado en la página *web*
de la CNDH: enero, 2019

ISBN Volumen: 978-607-729-487-0

ISBN Obra completa: 978-607-729-485-6

**D. R. © Comisión Nacional de
los Derechos Humanos**

Periférico Sur 3469,
esquina Luis Cabrera,
Col. San Jerónimo Lídice,
C. P. 10200, Ciudad de México.

Diseño y formación:
Ericka Toledo Piñón

Impreso en México

Todos los días a las 7 de la mañana llegaba don Florentín Rosales al parque que estaba a un costado de la escuela.

Al llegar, barría las hojas que se caían de los árboles, secaba el agua de los juegos y limpiaba todos los columpios, resbaladillas, pasamanos, tirolesas, subibajas y barras.

Cuando le tocaba cortar el pasto y arreglar las plantas y flores, llegaba a las 5:30 de la mañana, esperando que amaneciera para poder trabajar.

El parque siempre estaba listo y bonito para que los niños y las niñas jugaran y estuvieran felices.

El parque les encantaba. Todos los días durante el recreo jugaban mucho, corrían de un lado para el otro y se subían a los juegos y árboles. También practicaban deporte de una manera muy divertida durante la clase de educación física.



El parque estaba muy bien protegido. Tenía una reja y dos puertas, la de acceso a las personas del pueblo y la que se abría desde la escuela. Don Florentín Rosales revisaba la reja cada mañana para verificar que estuviera bien.

La directora de la escuela se llamaba Libertad Cortés. Ella, junto con todas las maestras, alumnos, madres y padres, habían firmado un convenio con el Alcalde del pueblo para que los niños y niñas usaran el parque durante el recreo y para las clases de educación física.

Como era el único parque en el pequeño pueblo, el Alcalde Cirilo Barrios, quiso consultar a los habitantes si estaban de acuerdo en ceder el uso del parque durante la mañana a ellas y ellos.

Todos dijeron que sí. Los habitantes del pueblo querían mucho a la niñez y sentían que con eso, ponían algo de su parte para que tuvieran una infancia feliz, convivieran y aprendieran a través de sus experiencias lo que pasaba con los animales que vivían en el parque. Esa es la razón por la que una de las puertas del parque daba a la escuela. Durante el horario escolar, cerraban la puerta principal para que solamente lo disfrutaran los niños y las niñas.



Una mañana, como cualquier otra, la directora del colegio, abrió la puerta que unía a la escuela con el parque. La noche anterior había llovido mucho.

Los niños salieron corriendo hacia el parque pero esta vez, todo era diferente. Las hojas que se habían caído de los árboles estaban tiradas y los juegos estaban empapados. Las resbaladillas en la parte baja parecían una pequeña cubeta con agua. Los columpios igualmente estaban mojados y sucios. El pasto no estaba cortado y las flores y plantas parecían olvidadas. Hasta el trino de los pájaros era más quedo, ya no querían cantar. Las ardillas tampoco bajaron a saludar por los troncos de los árboles.

El día siguiente fue lo mismo, y el que le seguía también y así pasó el tiempo. El parque cada vez estaba en peores condiciones.

Los niños y niñas dejaron de jugar. A pesar de seguir saliendo en el recreo al parque porque no tenían otro lugar a dónde ir, ya no corrían, no se subían a los juegos ni a los árboles. Tampoco se escuchaban sus risas. Las loncheras las regresaban a casa intactas, con toda la comida.

Pasada una semana, la directora de la escuela, llamó a la comunidad escolar.



–Buenos días –dijo Libertad Cortés.

–Quiero decirles que sé que las cosas no marchan bien en el parque y no pueden jugar. Don Florentín Rosales está enfermo y lo están atendiendo los doctores Ángel Aspirín y Dolores Vidal en el Hospital que está enfrente de la presidencia municipal. Allí están los doctores y le están dando los medicamentos necesarios.

En realidad, nadie había valorado el trabajo de don Florentín. Siempre lo hacía discreto, puntual y bien, pero ahora que no iba, el parque estaba desecho.

Los niños además de no poder jugar, ni hacer ejercicio, estaban mucho más inquietos en casa y en la escuela, por eso tampoco podían aprender bien. En ese momento valoraron el trabajo de don Florentín.

–¿Por qué no vamos a visitar a don Florentín y le llevamos unas rosas? –dijo Julián, el niño más generoso que había en la escuela.

–Me parece buena idea –respondió la directora.



Como saldrían de la escuela, la directora llamó a los padres de familia para ver quién quería ir al hospital a ver a don Florentín. Cuando llegaron, ya estaban todos los niños, niñas y maestros listos para la visita.

–Váyanse yendo –dijo la mamá de Bonifacio–, tengo algunos pendientes que ver y luego iré al mercado por las flores. No se preocupen por el costo, vemos después cómo nos dividimos el precio entre todos.

Pasó por las flores y se dirigió hacia el hospital. Allí estaban todos los niños, maestras y padres de familia.

–¿Podemos ver a un paciente? –preguntaron directamente los niños en la recepción del hospital.

–¡Claro! ¿quién es?

–Es el señor Rosales.

–Está en el cuarto 77 –dijo la recepcionista.



Todos subieron a verlo. Cada uno tomó una rosa del enorme ramo que había comprado la mamá de Julián.

Cuando recibió las flores, el señor Rosales, se puso feliz. Pero eso no era todo. Le tenían una sorpresa. Cada niño y niña había escrito algo para él. Todos traían un papel en la mano y se lo leyeron en voz alta.

- Gracias por limpiar los juegos del parque todos los días, sin buscar que nos demos cuenta.
- Perdón por no fijarnos en la importancia de su trabajo.
- Gracias por recoger todos los días las hojas de los árboles que se caen.
- Sin usted, todo es diferente.
- Las flores y plantas lo extrañan.
- Esperamos su pronta recuperación.
- No queremos que le pase nada.
- Lo extrañamos y necesitamos mucho.
- Queremos que regrese con nosotros.



–Me da gusto que su salud esté mejorando y que le estén dando un trato digno como paciente
–dijo finalmente Julián.

Esa visita, cariño, apoyo y palabras ayudaron a que don Florentín se sintiera mejor y su recuperación fuera más rápida.

Del hospital se irían a la escuela de regreso, pero por el camino, pasarían por el Palacio Municipal del pueblo. Los padres de familia y maestros, quisieron que los niños pasaran. Después de lo que sucedió con don Florentín, querían explicarles cómo todo está relacionado en el pueblo. Si le pasa algo a algún integrante de la comunidad, tiene consecuencias con los demás. Si le va bien a uno, todos están mejor.

–Se fijan –dijo la señora Libertad–, vean cómo todo está conectado en el pueblo. Se han dado cuenta que si el parque está limpio y cuidado, ustedes están bien juegan, porque tienen mejor desempeño en la escuela y aprenden más. Y si ustedes están bien, sus padres y maestros también. Si los padres y madres de las familias están tranquilos, entonces en sus trabajos les va mejor, porque sus preocupaciones son menores.



En cambio si le pasa algo a alguien, todos están peor. Además cada miembro de la comunidad tiene una misión muy importante. Con los médicos y enfermeras, los pacientes se curan, con los maestros, los niños aprenden, con el banco, pueden tener un préstamo para un pequeño negocio. Pero lo más importante ahora es que sepan y valoren el trabajo que hace don Florentín. Con su esfuerzo diario, el parque está hermoso, pueden jugar y hacer ejercicio.

–Queremos tratar mejor a don Florentín –dijo Julián– ¿Les parece bien que entre todos, limpiemos el parque para que cuando él regrese, no le cueste tanto trabajo?

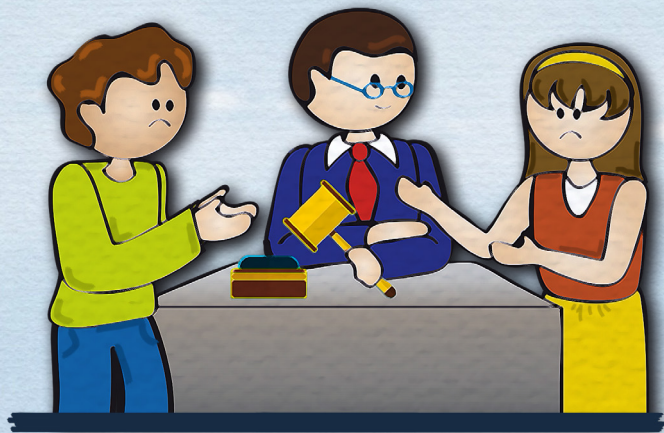
–Sí, pero primero pasaremos al juzgado –dijo Libertad Cortés.

La comisaría estaba cerca del juzgado. Allí estaban los policías que siempre hacían que se respetara la ley.

Igualmente en la entrada del juzgado había un policía que cuidaba que todo estuviera en orden. Pasaron a la sala de audiencias y se sentaron en las sillas para el público. Allí estaba el juez, de un lado una persona y del otro otra.

El juez era muy conocido en el pueblo, se llamaba Justo Modesto. Los niños voltearon la mirada hacia la maestra buscando la respuesta a qué hace un juez. La maestra en voz muy baja para no interrumpir, les dijo que cuando dos personas no encuentran una solución a sus problemas, y creen tener cada uno la razón, acuden con un juez para que en forma independiente, imparcial, autónoma y objetiva resuelva su problema.

–¿Y le da la razón al más poderoso? –preguntó una niña.



–No, nunca –respondió la directora–. El juez siempre le da la razón al que la tenga. Debe escuchar a las dos partes por igual con mucho detenimiento.

También tiene que analizar las pruebas que presentan y entonces llega a una solución justa.



–Y ¿siempre meten a la cárcel a alguien? –Dijo otro alumno.

–No, no siempre. Además escucha con atención lo que está pasando ahorita. Fíjate cómo en este caso, el juez Justo Modesto, está resolviendo si el teléfono que le vendió el señor a la señora estaba descompuesto desde el principio o la señora lo rompió porque se le cayó. Así como a esas personas, nosotros también tenemos derecho al acceso a la justicia, dijo Julián.

Salieron del juzgado y se fueron directo al parque para limpiarlo, cortar el pasto, arreglar las flores y plantas, barrer las hojas y dejarlo listo.

Acabaron rendidos. Había sido un día muy intenso y con muchas emociones.

A los pocos días, cuando salieron al recreo, vieron cómo el parque estaba otra vez en orden. Don Florentín decidió quedarse más tiempo del que acostumbraba porque quería ver a los niños jugar.

Julián gritó: –¡miren, allí está el señor Rosales!

Todos corrieron hacia él, lo rodearon y le gritaron ¡bienvenido! ¡qué bueno que está mejor!

–Fue su cariño y el cuidado de los doctores, los que me permiten estar otra vez trabajando y haciendo lo que más me gusta, cuidar este parque para ustedes.



Y así fue como todo volvió a la normalidad en el pueblo. El único que tenía un poco más de trabajo era el señor Callado, el encargado de la oficina de correos.

Ahora todos en el pueblo eran muy corteses con los otros. Se mandaban entre ellos, en las fechas especiales, un pequeño detalle hecho a mano y con productos reciclables con alguna nota de agradecimiento o de buenos deseos para la semana. Don Callado, como siempre discreto de las notas, las entregaba a tiempo y en orden. Todo el pueblo sabía que don Florentín Rosales había sido quien logró que la convivencia fuera mejor que nunca en el pueblo con el simple hecho de haber, involuntariamente logrado, que cada uno valorara el trabajo y conexión del trabajo del otro. Y que se visibilizara cómo cada quien contribuye un poco a la comunidad.





Presidente
Luis Raúl González Pérez

Consejo Consultivo

María Ampudia González
Alberto Manuel Athié Gallo
Michael William Chamberlin Ruiz
Angélica Cuéllar Vázquez
Mónica González Contró
David Kershenobich Stalnikowitz
María Olga Noriega Sáenz
José de Jesús Orozco Henríquez

Primer Visitador General

Ismael Eslava Pérez

Segundo Visitador General

Enrique Guadarrama López

Tercera Visitadora General

Ruth Villanueva Castilleja

Cuarta Visitadora General

María Eréndira Cruzvillegas Fuentes

Quinto Visitador General

Edgar Corzo Sosa

Sexto Visitador General

Jorge Ulises Carmona Tinoco

Titular de la Oficina Especial para el “Caso Iguala”

José T. Larrieta Carrasco

Directora Ejecutiva del Mecanismo Nacional
de Prevención de la Tortura

Ninfa Delia Domínguez Leal

Secretaría Ejecutiva

Consuelo Olvera Treviño

Secretario Técnico del Consejo Consultivo

Joaquín Narro Lobo

Oficial Mayor

Raymunda G. Maldonado Vera

Directora General del Centro Nacional
de Derechos Humanos

Julieta Morales Sánchez



ISBN: 978-607-729-487-0



9 786077 294870

ISBN: 978-607-729-485-6



9 786077 294856